

“La paz de los señores”: prostitución, violencia y transiciones políticas en Brasil y Colombia

*José Miguel Nieto Olivar**

1. Anoche me decía mi hermano: “Perdóneme la ignorancia, pero ¿qué tienen que ver las prostitutas con las transiciones políticas?”
2. [...] En ese momento pasó caminando el mechudo aquel que circula por las cantinas de la zona de tolerancia del pueblo, como con pose de administrador general. Yenny me dice que ese man es paraco, o que por lo menos siempre se la pasa con ellos. A ese man lo vi unos días después en el parque principal, la noche del homenaje a los líderes políticos asesinados (4 de octubre). Lo vi llegar, lo vi circular por las fotos, mirándolas casi todas, con detenimiento, comentando con

* Doctor en Antropología Social de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Entre julio de 2010 y julio de 2013 realizó una investigación posdoctoral junto al Núcleo de Estudos de Gênero (PAGU) de la Universidade de Campinas (São Paulo, Brasil) sobre mercados del sexo en el territorio transfronterizo Brasil-Perú-Colombia. Comunicador social y magíster en literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. En el momento forma parte del Centro de Investigación en Sociedad, Salud y Cultura (CISSC) y del proyecto editorial La Bocachica Gozoza. Correo electrónico: josemiguel_nieto@yahoo.com.ar

sus amigos sobre muchas de ellas, algunas veces sin ninguna emoción, otras con risas y gestos de desprecio.

Encontré allí también a Patricia y a la gordita paisa, prostitutas. Miraban las fotos. Patricia es tolimense. El martes se iban las dos para el Tolima, porque aquí la cosa estaba muy pesada (y pesada es mala de dinero y dura de ambiente); que allá ya tenían todo cuadrado, tenían a dónde llegar.

“Oiga, ¿pero todos estos muertos son de cuándo?”, pregunta la gordita de Medellín. “Desde los años ochenta, yo creo”, le digo... “Hmmm, dicen, pero eso no es pues ni... ni la mitad. El poco ‘e gente que matan aquí, ¿sí o no? ¿Y ustedes no tienen muertos aquí?”, pregunto. “No, o no que yo sepa”, dice Patricia. “También es bueno ver eso, porque uno nunca sabe, ¿no? Yo tengo un hermano que hace como tres años se desapareció y nunca supimos nada de él; entonces quién sabe, en una de esas usted va y lo encuentra por ahí en una foto”. “En Medellín –dice la gordita– hacen esto mismo, en toda una avenida, pero en la parte de abajo del ladrillo le escriben quién fue el que lo jodió: si los paracos, si la guerrilla, en fin... Uhyyyyh, mucho más pesado, ¿no?”.

Patricia dice que para ella es mejor así. “La cosa no está pa’ estar diciendo ese tipo de cosas. Yo veo esos que se paran allá y hablan... muy valientes. Aquí la cosa no está pa’ eso. A mí me da mucho miedo. Vea que una vez yo vi asesinar a una compañera. Estábamos en Puerto Boyacá, así sentadas como estamos nosotros, frente a la cantina, cuando de repente baja un muchacho en una moto, se le para al frente y la llama por el nombre. Ella voltea y el hombre la rosea a plomo, a mi lado. Yo quedé inmovilizada. Tuvo que salir el dueño a levantarme y entrarme, porque no me podía mover. Ese día me fui de ese pueblo y no volví nunca más. Pero, ¿sabe qué? El man que la mató viajó en el mismo bus que yo. Yo me senté al lado de un señor y

cuando veo es que este pelao se está subiendo. Y antes de sentarse se me queda mirando fijo, se sonríe y se sienta. Todo el viaje, hasta que él se bajó, estuve tiesa, sudando, ¡más asustada! ¿Y por qué la mató? Porque ella lo había robado, en otro pueblo. Y el man le hizo la persecución hasta que dio con ella, y vea, es que en esto uno tiene que trabajar derecho, ¿sí o qué? Usted nunca sabe a quién roba, quién es el man que está ahí con uno; nunca se sabe quién es el hijueputa” (fragmento de diario de campo, 2007).

3. Prostitución. La imagen es clara: no solo se le da el sagrado tesorito, la divina florecita (femenina) a un montón de desconocidos (masculinos), sino que, además, se cambia por el vil dinero. La prostitución no es apenas un oficio o una práctica; es un conjunto de relaciones, una serie conceptual, una parcela de imaginación de raíces antiquísimas en la matriz occidental; relaciones categorialmente femeninas y feminilizantes. Y es una experiencia corporal. Especialmente en el pensamiento burgués, acumulando la herencia cristiana, la prostitución es construida como un límite de civilidad, de humanidad, de femineidad. Es un referente que clásicamente ayuda a imaginar la falta, la corrupción y, por tanto, el desprecio, la compasión, la conmisericordia. Un marco que favorece y produce acciones violentas (destrutivas o misericordiosas) contra determinados seres humanos y contra determinadas prácticas, relaciones, redes y razones. Es una relación poderosamente estigmatizada (Pheterson, 1996). Entonces, prostituta o puta no es solo aquella persona que cambia explícitamente sexo por dinero; es virtualmente cualquier mujer, cualquier persona que en una determinada relación performative o corporifique algún rasgo o serie de rasgos determinados (2003, 2004a, 2004b)¹.

¹ Uso aquí una lógica de análisis inspirada en Strathern (1990) y en Fonseca. Las ideas sobre prostitución son inspiradas en Pheterson (1989, 1996), Deschamps (2006), Martínez y Rodríguez (2002), Juliano (2006), Agustín (2007), Kempadoo, Sanguera y Pattanaik (1995), Rago (2008), Piscitelli (2009) y Olivar (2010).

4. A partir de un giro político y epistemológico dado en los años ochenta en el campo de género, no me parece que sea sustentable entender la prostitución, esencialmente, como una forma de violencia y de opresión². Haciendo esta salvedad, sería necesario mirar nuevamente las relaciones entre prostitución y violencia, asunto imposible en este espacio. Afirmando apenas que a veces se hace necesario “prostituir”, “putiar” (aunque sea en las palabras o en la configuración simbólica) a una mujer, antes de matarla legítimamente. O antes de apropiarla o de desterrarla. Pensemos un segundo cuándo, cómo y para qué pronunciamos puta, prostituta, prostitución, prostituirse, ramera, perra, vagabunda... Además de límite de humanidad femenina, la puta es un extraordinario objeto de deseos. También (des)territorio de fuga.
5. Ahora la violencia/guerra. Imaginemos que en Colombia existe una guerra que nunca nadie nos prohibió llamarla así, ni que nos intentan decir que ya se está acabando. En esa guerra imaginaria, la práctica de la prostitución es controlada en los órdenes locales por los grupos armados presentes en cada territorio. Si esto fuera así, en La Gloria, Cesar, en el inicio de los años 2000, habríamos sabido de algunas mujeres torturadas y asesinadas por paramilitares bajo la acusación definitiva de “putas”. En Puerto Berrío, Antioquia, los “desmovilizados” administrarían, en algún hipotético 2007, la zona de prostitución, de la cual se lucrarían corporal, financiera y políticamente. Habría una red de “prepagos” gerenciada por una mujer a la que llamarían “La Madrina”, “La Potra Zaina”, “La Caponera” o cualquier nombre así, y cuyos principales usuarios serían “Los Señores”. A esas muchachas las llamarían a grandes orgías en fincas o bares, les pagarían muy bien, les darían ropa, rumba, viajes, prestigio, y si se comportaren con obediencia, urbanidad y buenas maneras, volverían a sus

² Me refiero, por un lado, a producciones feministas como las de Strathern (1990), Ortner (1996), Butler (1990), entre otras. Por otro lado, es a partir de la mitad de los años setenta cuando un movimiento político de prostitutas comienza a impactar con voz propia la agenda global de políticas del sexo, el género y el trabajo.

casas vivas, enteras y felices. En 2005 alguna conocida me hubiera contado, si todo esto no fuera apenas ficción, que durante una fiesta paramilitar a la que ella y otras jóvenes fueron llevadas para prestar servicios sexuales, en una hacienda habrían torturado y asesinado a una amiga frente a los ojos de las otras mujeres, porque le habría “pegado el Sida” a un comandante. Me contaba una experimentada prostituta paísa que en esa guerra que ya se acabó o que nunca hubo, muchas mujeres prostitutas murieron a manos o a penes de las Farc en el Magdalena Medio y en el sur del país por desobedecer o no satisfacer –o satisfaciendo– los deseos de las tropas³.

6. Pero mejor hablemos de cosas que sí sucedieron. En los años ochenta e inicios de los noventa, en varias capitales brasileras, como Río de Janeiro, São Paulo y Porto Alegre, miles de mujeres y travestis prostitutas fueron presas ilegalmente, torturadas, violadas, sometidas a extorsión y asesinadas en acciones policiales y militares. Todas las mujeres prostitutas de calle que conocí en Porto Alegre, nacidas alrededor del año sesenta, sufrieron, durante por lo menos diez años, sistemática violencia por parte de las policías civil y militar, en macabra alianza con sus maridos-chulos (Olivar, 2010). Entre el 64 y el 85 gobernó una dictadura militar en Brasil, pero la violencia contra ellas solo menguó hacia el año 93. Nadie que hable de esta dictadura habla sobre prostitución, y nadie que escribe sobre prostitución habla sobre esta violencia, un poco porque no mucha gente lo sabe, otro tanto porque no a mucha gente le interesa y otro porque las propias prostitutas que lo vivieron no lo asocian directamente con la dictadura. A fin de cuentas ellas no eran de ningún partido comunista ni de ideología peligrosa y, en cambio, sí les daban a los uniformados buena parte de sus ganancias. ¿Por qué eran perseguidas? ¿Por qué

3 Ver Olivar (2008) y Olivar y Pacheco (2011); también investigaciones como la de la Corporación Humanas (2009), *Mujer y Conflicto Armado* (2002) y Ballvé (2008).

con tanta sevicia y regularidad? ¿Por qué la violencia duró en la democracia? (Comaroff & Comaroff, 2006).

7. Debajo de las formas más tradicionalmente políticas y económicas de la guerra y del control militar hay secreciones corporales que también son objeto de la guerra. Se dice que el desplazamiento forzado en Colombia no es un efecto colateral de la guerra, sino una de sus razones primordiales. Lo mismo podemos decir sobre la colonización de la corporeidad. Esta violencia sexual y de género en la guerra colombiana no es apenas un arma o una estrategia para la guerra; es la guerra en sí misma. Campo de batalla, objeto, forma, fuerza (Olivar y Pacheco, 2011). Entonces retomamos un vínculo importante y perdido entre la política electoral o internacional, entre las guerras económicas y las micropolíticas de la sexualidad, del erotismo, del género (Petchesky, 2005; Correa, Petchesky y Parker, 2008; Butler, 2010). En esta guerra colombiana, los antejardines de las casas, la sexualidad de los sujetos, la largura de los cabellos, los usos vaginales y anales, las ayudas para la alteración de la conciencia, las letras del rap son también campos de colonización, objetos de sujeción y aniquilación. Imagínese pues los putiaderos, que como Laura Restrepo bien nos mostró, acompañaron la fiera colonización de las selvas, los conatos de revolución, las fantasías anarquistas (Restrepo, 2007; Martínez y Rodríguez, 2002).

En estas situaciones, sean excepcionales o cotidianas, los límites de la vida se estrechan y los parámetros oscuros de delimitación se endurecen; entonces, todo lo que en otras situaciones podría ser flujo o negociación, se convierte en condición de improbabilidad (Das, 2007). Y para eso se hace la guerra, para recordarnos quiénes merecen vivir, para producir vidas vivibles y relaciones deseables. Por la manera que pensamos la prostitución, los de las prostitutas son cuerpos cuya descartabilidad es anterior a la experiencia de ser humano. No son vidas dignas de duelo, en palabras de Butler (2010).

Su condición de “sin futuro”, como le decía un policía a Janete en Porto Alegre, precede la enunciación del sustantivo. Su suplicio está previsto y es necesario.

8. Parece que tanto a dictadores como a demócratas, a higienistas y a feministas abolicionistas, a liberales de los derechos humanos y a marxistas ortodoxos una mamadita bien paga les parece ontológicamente indeseable, indigno. Véase no más la Sentencia T629/10 de la Corte Constitucional, en la que, sin ninguna discusión, se asume el punto de vista de la Convención de 1949 de la Organización de las Naciones Unidas: “La prostitución es contraria a la dignidad de la persona humana”. ¿Qué esperar, entonces, de grupos masculinos armados, intensamente jerárquicos, corporificación del imperio (Butler, 2010), que cambian la mamadita no por dinero, sino por el derecho a permanecer viva, interesados en limpiar el territorio como se limpia una finca o una casa deshabitada y en ganarse un lugar entre las miserias del capitalismo? Llámese violencia, enfermedad, pecado, pobreza, explotación: la prostitución es para estas gentes un “mal necesario” que debería ser eliminado. No, nadie lo quiere eliminar, quieren apenas prearlo, consumirlo, sujetarlo y punirlo públicamente (Olivar, 2010).
9. O... ¿cuál transición política?, preguntaría una prostituta de la calle 22 en Bogotá.
10. En 1985, mientras en Colombia se instalaba el Batallón de Contra-guerrilla en Puerto Boyacá y se consolidaban “los masetos”, en Brasil se celebra la transición a la democracia con la elección de Tancredo Neves; sin embargo, esa onda intensa de violencia contra las prostitutas parará solo hacia el año 1993, con el cierre de las Comisarias de Costumbres y la multiplicación de locales *indoor* de prostitución. Hasta hoy, en la modernidad portoalegrense posterior al gobierno de 16 años de Partido Dos Trabalhadores (modernidad post-PT), la

democracia se parece mucho a las botellas desechables con las que, para no dejar marcas, la policía golpea de vez en cuando a indigentes y prostitutas callejeras, o a los controles sanitarios ilegales en locales privados de prostitución. Hasta hoy las mujeres que viven y trabajan en la zona de tolerancia de Puerto Berrío recurren a los “paracos” para solucionar sus peleas y conflictos, y no identifican claramente su oficio con un trabajo: se trata más de la traducción de una necesidad y de una maldición. El condón continúa siendo un objeto dispensable para muchas de ellas, y cada que vez que quiere, alguna secretaría de salud les toma muestras de sangre de las que raramente conocen los resultados. Prostitutas bogotanas me contaban, en 2007, sobre una ola de asesinatos de sus colegas, cometida, según indagaciones que ellas mismas realizaron, por agentes de la policía metropolitana bajo órdenes de la alcaldía, durante uno de los periodos de mayor euforia transicional liberal que vivimos en la capital.

11. En términos foucaultianos diremos que la transición hacia gobiernos más civilistas es, por regla, la continuación por medios diferentes de la guerra que los antecede. La guerra funda las bases de la política: inversión de la inversión de Clausewitz y su tiempo (Foucault, 2008), mucho más cuando la democracia o “la paz” o el “posconflicto” se construyen, como en el caso colombiano, a partir del triunfo del sadismo: es “la paz de los señores”, me decía un joven artista y transportador que había realizado varios trabajos para ellos. Este foco nuestro en la legitimación de la crueldad y del suplicio difiere ligeramente de la lógica foucaultiana del estado liberal (Foucault, 1988, 2008). Hay algo en este poder a la colombiana –y no me refiero solo al gobierno o al Estado, sino al poder en su versión más clásicamente capilar– que se escapa del englobamiento disciplinar y biopolítico, que es anterior. Algo que tiene que ver con el terror, con la violencia latente, con la intensificación del dolor, con el suplicio público; algo que tiene que ver con las torturas a las prostitutas portoalegrenses de los años

ochenta... Hay algo aquí que es puro derecho a muerte, pura y principalmente dolor, displacer, sacrificio, punición; lo que convierte a este “posconflicto” y a las intervenciones biopolíticas (como la acción de la ONU) en una pura parodia mediática de la modernidad. No se trata solo de decir que atrás de la democracia hay abuso y violencia (Comaroff & Comaroff, 2006); se trata de decir que nuestra democracia es una burla esencial, pública y compartida de sí misma, y que en algún lugar de sus noches tormentosas se regocija con el dolor ajeno.

12. Como la campaña del secretario de seguridad y justicia de Porto Alegre, que entre 2007 y 2008 estaba obsesionado con acabar una histórica callecita de prostitución, afirmando que era una inmoralidad que “eso” estuviera localizado en las inmediaciones de su despacho. Y los policías, a sabiendas de su actuación inconstitucional, amenazaron primero con dispararles a los pies a las mujeres que pisaran la acera, y después, cansados, se aliaron con ellas para avisarles sobre la inminencia de una patrulla (Olivar, 2010). O como la vieja historia de un secretario de despacho en un municipio de esos que los bogotanos burgueses llamamos “de provincia”: “No, doctora —le decía él con toda la gentileza a una ministra en una asamblea pública—, es que aquí la Ley 80 no pegó”. No se trata de decir que en estos países no se respeta la ley; la cosa es más profunda: se trata de entender que esa ley y esas actuaciones son un marco de guerra, una guerra de colonización y resistencia aún en proceso.
13. Un gesto que me parece especialmente claro de transición política con prostitución es la creación, en 1987, de la Red Brasileira de Prostitutas (RBP). La apertura democrática, en tiempos de inicio del sida, permitió el emprendimiento de acciones judiciales y políticas contra las fuerzas armadas, la configuración de redes de derechos humanos, el diálogo público sobre los más diversos temas, una masificación del feminismo y, así, la gestación de este movimiento. No se trata de una red de algunas ONG que buscan ayudar o rescatar a las

prostitutas, sino de una red social y política de prostitutas conectadas local, nacional y globalmente, que luchan por sus derechos humanos y laborales; intento de simetrización de las relaciones a través de la transformación del discurso público y legal, así como de la colectivización femenina de la *batalha*⁴ y de la domesticación del poder militar/policial, lo que transformaría la aniquilación unidireccional en, ahora sí, una guerra. Y debemos decir que a veces aquí, en esta longeva y alzheimerica democracia colombiana, rogamos un poco de disciplina y de poder biopolítico para defendernos de la muerte. Un poco de poder sobre la vida, aunque este sea disciplinador. Después se inventarán nuevos procesos de desujeción, nos oímos rezar. El asunto es el filo de la navaja, la indeterminación; guerra contra la aniquilación y la sujeción.

14. Estructuralmente es verdad que la prostitución es, como diría Foucault (2008), un “saber sujetado”. Pero en la estructura no se pueden agotar nuestros análisis. Hay que llamar a algunos ventarrones: a Preciado (2010) y a las feministas *punks posporno*, por ejemplo; a Perlonguer (2010), a Deleuze y Guattari (1988) (Guattari, 1981), a las putas pobres o a Gabriela Leite, líder histórica de la RBP. Subestructuralmente diríamos que la prostitución es un saber sujetado del que se conoce, o se sospecha, una fuerza molecular de contraefectuación de la sujeción; es decir, es un saber nómada, un saber sujetado que posee un enorme poder potencial de desujeción constante, cotidiana, profunda. Entonces no se golpea a la puta solo porque sea un cuerpo estructuralmente despreciable y yo pueda transgredirlo; se golpea porque socialmente es necesario hacerlo. Y esos golpes y esos cuerpos jodidos y masacrados son provechosos en la producción de nuestras familias productivas, felices, eróticas,

4 *Batalha* es uno de los nombres dados en el mundo de la prostitución brasileira al conjunto de acciones que una persona realiza cuando se prostituye.

nucleares. Es necesario golpear a la puta para que no te consuma, porque ella puede ser un jaguar (Olivar, 2010). Y el golpe público, el escarnio, la hogera, con patrullas de policía, con ácido en las manos o cabellos cortados con cuchillo, con violación colectiva, nos recuerda (y les recuerda a las mujeres, especialmente) la importancia de tener un futuro, un trabajo y un marido, de ocupar bien la ciudad, de vestirnos correctamente, de no hacer y de hacer. Y me parece que si fuéramos a verlas, si fuéramos a tomarnos en serio sus políticas y sus tránsitos, las putas se parecerían muchísimo a los pescadores artesanales de caños y ciénagas, a muchos indígenas sonrientes y armados de machetes, a varias muchachitas pobres embarazadas que conocemos, a indigentes borrachos de las calles de Porto Alegre, a mujeres divorciadas y suicidas que se niegan a ser devoradas por las lógicas del poder triunfante, a gentes que salen y no salen de sus tierras, que te dicen “sí, señor, pobrecita yo”, porque saben que es lo único que estás en capacidad de oír, y que hacen hechicería, rezos y movimientos telúricos con venenos o con sus pelvis, para hacer caer los aviones, para atragantarte con espinas de bocachico. Esa es otra guerra, otra quizá sin mayúscula, que se conecta con las grandes guerras; una guerra que produce agenciamentos y a través de la cual puedes ejercer poder, crearte, protegerte, reírte, huir... También eso es ser guerrera o sobreviviente.

15. Entonces tal vez sea necesaria una pequeña nota sobre la guerra y la violencia. Siguiendo el pensamiento de este Foucault oral de la Guerra y de los poderes sujetos, no me parece que el paradigma humanista sobre la Guerra sea suficiente (Foucault, 2008). Cuando hablamos de guerra, ¿hablamos solamente de aquella configuración de gran-guerra? O, por el contrario, ¿hay otras relaciones que podemos también llamar de *guerras-en-tiempo-entero*: *sex wars*, guerras de ciudad, guerras de saberes, racismo de Estado, guerras de colonización, contraataques de los migrantes en los centros de Madrid, Barcelona

o París? Cuando hablamos de guerra no hablamos de excepcionalidad (Foucault, 2008; Das, 2007), y eso es mucho más real en este país, donde la Guerra configura no solo nuestra memoria histórica, nuestros mitos fundacionales, sino también nuestra cotidianidad. Así, creo importante pensar en proporciones, tamaños, formas, métodos y efectos de guerras, para poderlas comprender y calificar. Del mismo modo, pienso en una separación: una cosa es una guerra y otra una invasión, un ataque, una depredación, una devastación, la pura aniquilación. Es que pensar la violencia es difícil, así como la prostitución y la relación entre ellas. Pensar la guerra en Colombia es aún más difícil, con tanto muerto bajando el río. Mucho dolor. Cosas difícilísimas de simbolizar. Mucha gana de apuntar el dedo hacia alguien o de reconciliarnos en fáciles solidaridades.

16. Finalmente, debemos agradecerle a dios y al patriarca que esa guerra no existe más o nunca existió. Porque si existiera, y de la forma que entre nubes imaginamos que hubiera existido, con sus ejércitos brutales ganando tierras y cuerpos, sería una matriz propulsora de múltiples aniquilaciones, abusos y asimetrías intensificadas. Razón tendrían muchos campesinos cuando dirían: esta guerra no es mía, pues las de ellos serían otras y aquella sería simple devastación. Si existiera tal proceso aniquilante, tal dictadura, tendríamos que contar centenas y miles de historias sobre ella, para desmontarla y disecarla parte a parte (acción guerrera de desujeción). Tendríamos que perderle el miedo y organizarnos, para que no nos cogiera desprevenidos. Tendríamos que entender que nuestras putas locales serían unas víctimas diferencialmente violentadas y que de ellas no hemos ni siquiera oído hablar. Que un poco esas prostitutas torturadas seríamos nosotras mismas. Por eso me parece que para que hablemos de la guerra necesitamos verla en los cuerpos y entender esos cuerpos como diferenciales. No toda víctima es igual, ni su memoria ni la violencia que la transformó. El dolor no lo engloba

todo, ni el humanismo más fácil trae todas las respuestas. Veríamos entonces centenas de guerras, centenas de armas diferentes, centenas de relaciones actualizándose en la piel. Pero afortunadamente tal Guerra no existe: existe apenas la persecución legítima contra bandoleros y *bacrim*s, porque si esa guerra existiera, sería mejor seguir el consejo de Patricia, la prostituta tolimense, y no pararse aquí a hablar esas cosas...

Referencias

- Agustín, L. (2007). *Sex at the margins: migration, labour markets and the rescue industry*. London/New York: Zed Books.
- Ballvé, T. (2008). Colombia: AIDS in the time of war. *NACLA Report on the Americas*, 4(41), 30-34. New York.
- Butler, J. (1990). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. Londres/New York: Routledge.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.
- Comaroff & Comaroff (2006). *Law and disorder in the postcolony*. Chicago: University of Chicago Press.
- Corporación Humanas - Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género (2009). *Guía para llevar casos de violencia sexual*. Bogotá: Humanas.
- Correa, S., Petchesky, R. & Parker, R. (2008). *Sexuality, health and human rights*. London/New York: Routledge.
- Corte Constitucional de Colombia (2010). Sentencia T629/10, magistrado ponente: Juan Carlos Henao Pérez.
- Das, V. (2007). *Life and words: violence and the descent into the ordinary*. Berkeley: University of California Press.

- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988). *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos.
- Deschamps, C. (2006). *Le sexe et l'argent des trottoirs*. Paris: Hachette Littératures.
- Fonseca, C. (2003). Familia y profesión: la doble carrera de la mujer prostituta. En *La antropología brasileña contemporánea: contribuciones para un diálogo latinoamericano* (pp. 95-135). Buenos Aires: Prometeo.
- Fonseca, C. (2004a). A morte de um gigolô: fronteiras da transgressão e sexualidade nos dias atuais. En Piscitelli, Gregori e Carrara (Eds.). *Sexualidades e saberes: convenções e fronteiras* (pp. 257-281). Rio de Janeiro: Garamond.
- Fonseca, C. (2004b). Ser mulher, mãe e pobre. En Del Priore, M. (Ed.). *História das mulheres no Brasil* (pp. 510-553). São Paulo: Contexto.
- Foucault, M. (1988). *História da sexualidade I: a vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graa.
- Foucault, M. (1998). *Vigilar y punir* (27.^a ed.). México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008). *Em defesa da sociedade*. São Paulo: Martins Fontes.
- Guattari, F. (1981). Devir mulher. En *Revolução molecular: pulsações políticas do desejo* (pp. 34-37). São Paulo: Editora Brasiliense.
- Juliano, D. (2006). *Excluídas y marginales*. Madrid: Cátedra.
- Kempadoo, Sanghera & Pattanaik (comps.) (1995). *Trafficking and prostitution reconsidered: new perspectives on migration, sex work and human rights*. Boulder: Paradigm Publishers.
- Martínez, A. y Rodríguez, P. (Eds.) (2002). *Placer, dinero y pecado: historia de la prostitución en Colombia*. Bogotá: Aguilar.

- Mesa de Trabajo Mujer y Conflicto Armado (2002). *Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres, jóvenes y niñas en Colombia* (tercer informe). Bogotá.
- Olivar, J. M. (2008). A angústia dos corpos indóceis: prostituição e conflito armado na Colômbia contemporânea. *Cadernos PAGU*, 31, 365-397.
- Olivar, J. M. (2010). *Guerras, trânsitos e apropriações: políticas da prostituição de rua a partir das experiências de quatro mulheres militantes em Porto Alegre, Brasil* (tesis de Doctorado en Antropología Social). Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Olivar, J. M. y Pacheco, C. (2011). Which conflict? Which body? Which nation?: prostitution, gender and violence in the Colombian “post conflict” context. En St. Germain, T. & Dewey, S. (Ed.). *Conflict, related sexual violence: international law, local responses*. Sterling: Kumarian Press.
- Ortner, S. (1996). *Making gender: the politics and erotics of culture*. New Jersey: Beacon Press.
- Perlongher, N. (2010). *O negócio do michê: prostituição viril em São Paulo*. São Paulo: Brasiliense.
- Petchesky, R. (2005). Rights of the body and perversions of war: sexual rights and wrongs ten years past Beijing. *International Social Science Journal*, 57(2), 301-318.
- Pheterson, G. (Comp) (1989). *Nosotras, las putas*. Madrid: Talasa.
- Pheterson, G. (1996). *The prostitution prism*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Piscitelli, A. (2009). Tránsitos: circulación de brasileñas en el ámbito de la transnacionalización de los mercados sexual y matrimonial. *Horizontes Antropológicos*, 31(15), 101-136.

- Preciado, B. (2010). Después del feminismo: mujeres en los márgenes. Recuperado de <http://www.caladona.org/grups/uploads/2010/05/des-pues-del-feminismo-beatriz-preciado.pdf>
- Rago, M. (2008). *Os prazeres da noite: prostituição e códigos da sexualidade feminina em São Paulo (1890-1930)* (2ª. ed.). São Paulo: Paz e Terra.
- Restrepo, L. (2007). *La novia oscura*. Madrid: Alfaguara.
- Strathern, M. (1990). *The gender of the gift: problems with women and problems with society in Melanesia*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.